

¿Cómo abordamos el tema de la violencia en nuestra época? Aproximaciones desde los desarrollos post- kleinianos

Nuestro desafío de este año ha sido pensar la violencia desde la perspectiva psicoanalítica kleiniana, en el interior de nuestro trabajo con pacientes, pero también ofreciendo un punto de vista sobre situaciones sociales e institucionales, desde una posición ética y con la aspiración de evitar juicios morales. ¿Cómo no pensar el tema de la violencia en el mundo en que vivimos?

Para llevar adelante la tarea, leímos numerosa bibliografía y tuvimos la lujosa presencia de psicoanalistas que profundizaron en el tema: Yolanda Gampel, Serapio Marcano, Rogelio Rimoldi, Ruggero Levy. Dada la imposibilidad de transmitir los innumerables conceptos con los que nos fuimos encontrando, nuestra inquietud sería poder compartir algunas de las preguntas que a partir de los textos nos surgieron y no paran de conmovernos.

¿Por qué es importante pensar en la destructividad dentro de la teoría psicoanalítica? ¿Qué futuro podemos tener marcados por un presente violento?

Sabemos que la violencia no es solo una marca de nuestra época. El psicoanálisis se gestó en época de guerra. Freud se preguntaba acerca del porqué de la guerra y Klein sentaba las bases de su teoría durante la segunda guerra mundial.

Nos sorprendió encontrarnos con un texto de Immanuel Kant, publicado en 1795, titulado “Sobre la paz perpetua” donde afirma que la paz no es el estado natural de los hombres: lo natural es la guerra, la paz debe ser instaurada.

¿Cómo nos animamos a ver y escuchar acerca de la violencia/ las violencias que observamos a nuestro alrededor?

Dice Yolanda Gampel, psicoanalista argentina, radicada en Israel y dedicada desde hace mucho tiempo al estudio de este tema, que al estar permanentemente bombardeados por situaciones, imágenes y noticias traumáticas nos transformamos no sólo en receptores, sino que tenemos la vivencia de ser forzosos cómplices pasivos de las mismas. Postula Yolanda que esto tendría efecto de radioactividad sobre nuestro psiquismo y que diferentes formas de

angustias terroríficas, acciones violentas, somatizaciones y locura serían algunas de sus consecuencias.

Ante esta realidad cotidiana nos interrogamos:

- ¿cómo nos atraviesa y qué marcas deja esta violencia en nuestra subjetividad?
- ¿qué pasa en nuestra sociedad y cómo vemos esto en nuestro consultorio todos los días?
- ¿Cómo toleramos el dolor que esto genera?
- ¿Cómo poder calibrar entre conservar una visión esperanzada y la realidad tan desgarradora?
- Y por último un interrogante que divide aguas, ¿cuánta es la atención y qué lugar debemos prestar a lo social en el análisis?

Escribe Byung Chul-Han, filósofo coreano contemporáneo en su libro *Topología de la violencia*: “Hay muchas cosas que nunca desaparecen, entre ellas está la violencia. Su forma de aparición varía según la constelación social. En la actualidad esta violencia no es explícita como era antes. Hoy muta de visible a invisible, de directa en mediada, de real a virtual, de física a psíquica, de negativa a positiva y se retira a espacios subcomunicativos y neuronales, que pueden dar la impresión de que ha desaparecido”.

La violencia inunda nuestra vida cotidiana. Está presente en las redes, en los medios de comunicación; se expresa, se descarga y se intenta transformar en películas, en obras de arte, en la escritura y en la música, particularmente en el terreno de los adolescentes.

¿Cuánto somos capaces de escuchar, de tolerar al otro, de incluir lo diferente, la otredad? ¿Cómo no olvidar que el otro también nos construye a nosotros?

Nos interrogamos sobre nuestras teorías psicoanalíticas: ¿tienen vigencia? ¿Tienen capacidad de ayudarnos a entender lo que ocurre? ¿Con el psicoanálisis alcanza? ¿Sin el psicoanálisis se puede?

Como integrantes del área desarrollos kleinianos, comenzamos a revisar los textos de los pioneros. La teoría de Klein surgió y se extendió entre los albores y las postrimerías de la Segunda guerra mundial, momentos en que algunos de sus postulados acerca de un

superyó arcaico y sádico y su relación con la violencia, la criminalidad y las psicosis coincidían con una Europa arrasada por la destructividad.

En uno de sus artículos finales “Algunas consideraciones sobre la Orestíada” (1963) toma el texto de Esquilo como modelo para explicar las emociones de los primeros momentos del ser humano, análogas para la autora a las que experimentan los héroes de la tragedia griega. Se despliegan allí todo tipo de violencias: filicidio, asesinatos, traiciones y venganzas.

Melanie Klein, destaca el concepto helénico de *Hubris* para explicar la petulancia, la ambición desmedida, la avidez, la tendencia a romper barreras, a corromper. Sería esto lo más difícil que anida en el ser humano, pudiendo solo ser limitado por la *Dike*, o sea la justicia y el orden.

Permite concluir lo complejo que es el camino a la integración, a lograr establecer la paz interna. Es como si los impulsos destructivos, diferentes en intensidad de un individuo a otro, tiraran hacia un lado y el amor y el deseo de reparación hacia otro. Enfrentar esta lucha es una tarea de toda la vida.

Para la autora, la clave parece ser el establecimiento de la capacidad para simbolizar. Esquilo escenifica lo que ocurre a través de la escritura de una obra creativa. Simbolizar es el logro que impide el pasaje a la acción impulsiva y crea una nueva relación con la realidad, a través de un superyó ya no sádico sino crítico y al mismo tiempo protector.

“El poderoso impulso a simbolizar”, como ella lo denomina, contribuirá a encontrar un camino para expresar conflictos de amor/odio sin llevarlos a la acción, recurrir a la mediación del pensamiento evitando así vivir en un mundo de negación maníaca de la realidad externa y psíquica.

Los autores post kleinianos también se ocupan del tema:

Bion, nos invita a pensar que necesitamos coraje para admitir tanto nuestro potencial creativo como nuestra destructividad contra ese potencial: “Tanto como somos capaces de ser padres, también somos vulnerables a las fuerzas que podrían destruir lo que como padres creativos, podríamos crear”

Agrega en los Seminarios Romanos (Nº6-1987): “Debemos habituarnos a ser miembros de ese particular grupo o cultura, pero no podemos habituarnos a menos que no tengamos el coraje de existir en él.”

Meltzer por su parte, dedica un capítulo de su libro *La aprehensión de la belleza* al “Problema de la Violencia” y centra su aporte en la perspectiva de la intrusión, el no respeto a la intimidad. Estudia la violencia en las relaciones objetales. Aborda el tema de la cámara nupcial de los padres como el centro de la creatividad. Esta pareja unida en un coito creativo es introyectada por el sujeto y es fuente de generación de simbolizaciones, pensamientos y transformaciones simbólicas de las experiencias con el mundo y los objetos. Propone que la tiranía/sumisión -que diferencia del sadomasoquismo- es un problema primitivo que se extrapola naturalmente a la esfera social. El fundamento de la tiranía/sumisión consiste en destruir el objeto interno bueno del otro con el propósito de someter a esa persona. Cuando el miedo a perder una relación adictiva con un tirano está presente, el problema central es el terror, que es la fuerza que moviliza el miedo y la sumisión.

¿Sería la guerra la mayor perversión -se pregunta- que es impuesta por la acumulación de terror inconsciente y ansiedad depresiva constante? Quizás sólo el psicoanálisis tenga el método y el material para delinear estas áreas y exponer estas actividades.

Desde este abordaje psicoanalítico post kleiniano estamos habituados a hablar de proceso. Esto supone tiempo, múltiples encuentros, transitar el dolor, contener ansiedades, evitar devoluciones precoces para de esta forma hacer crecer el continente mental del paciente para alojar sus propias experiencias emocionales que se van transformando en símbolos.

En el contexto actual, frente a hechos producidos en una realidad compartida, ¿tenemos condiciones mínimas para trabajar adecuadamente según nuestras teorías?

Esa radioactividad de la que habla Yolanda Gampel, ¿cómo la vemos en el consultorio? ¿Debería el analista, dice la autora,

introducir la realidad externa en la sesión si el paciente no hace ninguna asociación que conecte con lo que ocurre afuera?

¿Qué efecto tiene que paciente y analista tengan mundos superpuestos? ¿O compartan mundos “violentados”?

Podríamos insistir con las preguntas porque son interminables, pero preferiríamos compartir un interesante intercambio con Uds.